Las cenizas de la flor

Angel Crespo

¡Ejemplar Villarrobledo!

Leo en el libro de Oleg Polunin y B.E. Smythies Guía de Campo de las Flores de España, Portugal y Sudeste de Francia *que en la Península Ibérica hay, que ellos sepan, cerca de mil quinientas especies de plantas silvestres que no se dan en ningún otro lugar de Europa. Según he podido averiguar en otras fuentes, si les sumamos las de las islas Canarias, donde crecen muchas especies endémicas, es decir, inexistentes en cualquier otro rincón del mundo, el número de nuestras rarezas y exclusivas botánicas asciende a cerca de las dos mil. Todos hemos oído hablar del drago, árbol exclusivo de aquel archipiélago, pero son pocos los que tienen noticia de la mata llamada víbora roja —la* Echinum Wildpretii *de los taxónomos—, cuyos escasos ejemplares crecen, a unos dos mil metros de altura, en no más de una hectárea de escabroso terreno insular.*

No sé, aunque conozco su abundancia, cuál será la proporción de endemias de nuestro archipiélago africano, pero no creo probable que llegue al noventa por ciento del total del de las Hawai ni a las tres cuartas partes de Nueva Zelanda. Aquellos paraísos botánicos, comparables con la región montañosa del Cabo de Buena Esperanza y con poco más parajes de la tierra, sobre todo con unas cuantas islas, fueron sin duda más ricos en especies vegetales hace un par de siglos, es decir, antes del establecimiento en ellos de los colonos europeos, que en nuestra devastadora actualidad. Dudo de que alguien esté en condiciones de asegurar desde cuándo crecía en la isla de Santa Elena una exclusiva especie de ébano, pero todos los botánicos interesados en el tema saben que cuando Napoleón llegó, y no como conquistador, a dicha isla las cabras importadas por los blancos habían destruído por completo a la ahora inexistente especie.

Este dato me induce a volver al libro citado al principio, en el que se dice que en la Mancha crece un número de plantas que no se encuentran en ningún otro lugar de nuestro continente, pues las congéneres más cercanas de algunas de ellas se encuentran —con Andalucía por medio, que no las posee— en el norte de Africa, mientras que es preciso llegar a Turquía oriental o a las orillas del mar Caspio para encontrar a las semejantes de las demás insólitas especies manchegas.

Que haya endemias vegetables en las islas y en las sierras, lugares aislados por antonomasia y por altura, es menos sorprendente que encontrarlas en los llanos y en las colinas. Debido a ello, las rarezas botánicas peninsulares se agrupan principalmente, además de en la Mancha, en las serranías de Ronda, de Cazorla y de Segura. Las manchegas, además de determinadas especies de tomillo, retama y otras matas, son hierbecillas humildes de flores diminutas, pero no por eso menos bellas, algunas de las cuales crecen en extensiones tan reducidas que uno de nuestros rebaños de ovejas podría acabar con su presencia en la tierra —es decir, en el Universo, que quedaría entonces irremediablemente empobrecido— en unas horas de pausado pastar. Y los especialistas estiman que la vegetación de la zona mediterránea es una de las más vulnerables, hasta el extremo de que, si una de sus especies se extinguiese, sería muy difícil que se renovara.

Cada planta, como cada uno de los seres vivos, es un grado insustituible de la escala que conduce de la naturaleza llamada inorgánica —en la que los maestros espirituales reconocen una aspiración al espíritu— al hombre, depositario y agente del grado terrestre más elevado de ese mismo espíritu cuyo sustentáculo material sólo es posible gracias a la función autotrófica del reino vegetal. Sin las plantas sería inconcebible la humanidad. O dicho de otra manera, sin ellas no habría poesía, manifestación suprema de la capacidad intuitiva y creadora del hombre. No en vano, pues, las religiones del Libro —y no ellas solas— sitúan el origen de la humanidad en el Paraíso, que quiere decir Jardín, mientras otras de ellas, como algunas de las americanas, aseguran que nuestra especie procede del maíz, y no, como creen algunos etnólogos ignorantes de las grandes tradiciones esotéricas —todas las cuales proceden de una sola— por razones puramente alimentarias. No, porque hasta algunos de los dioses, quienes, como es bien sabido, no se nutren de sustancias terrestres, han nacido —y las Metamorfosis *de Ovidio Nasón son testigo de semejante maravilla— de árboles, matas o hierbas. Como siempre, son los poetas quienes dicen, cuando no la última, sí la más elevada palabra sobre el asunto. Así, Dante, el máximo poeta de la cristiandad, no sólo describe los misterios de la vegetación del Paraíso —situado según él en la cumbre del Purgatorio— sino que incluso hace que, en el Infierno, las almas de algunos de los condenados más violentos sean semilla de hierbas, matas y árboles. El espíritu desanda así el camino que a través del verdor —que por algo es símbolo de esperanza, y color, según el propio florentino, de la virtud teologal de este nombre— le ha conducido a la cima del mundo sublunar.*

Si los chamanes asiáticos ascienden a la morada de los dioses por la escala de un árbol, el gigantesco árbol Yggdrasil de la vieja y sabia mitología escandinava es el origen mismo de la vida. ¿Para qué seguir? Todas las plantas son sagradas y la desaparición de la más humilde de sus especies nos empobrece espiritualmente y, a la larga, nos amenaza —pues todo es causalidad y nada casualidad— con degradarnos espiritualmente.

Y, sin embargo, los estudiosos más avisados aseguran que al final de este siglo —pasado mañana, como quien dice— una de cada diez plantas con flores puede extinguirse o estar en peligro de extinción. ¿Qué sería de la poesía si se extinguiesen los cañaverales, símbolo de la música; el tomillo de hoja menuda, que lo es de la actividad; la parietaria, de la vanagloria; el romero, de la presencia estimulante; la acedera, de la alegría y la paciencia? Pues el lenguaje de las flores es la poesía de la naturaleza, descubierta y aprendida por los cultivadores de la flor de todas las lenguas humanas. ¿Hemos considerado alguna vez lo pobres que seríamos —lo pobre que sería nuestro pensamiento y lo corta que resultaría nuestra intuición terrestre— sin esos maravillosos seres que, al mismo tiempo que realidades biológicas, son símbolos, es decir, capacidad de pensamiento, de tantas cosas caras a nuestro espíritu y a nuestros sentidos? Me refiero al laurel de los poetas, a la rosa de la belleza perfecta, a la azucena de la pureza sin mancha, a la siempreviva de la inmortalidad, al loto del sabio príncipe asceta...

Algunos manchegos sí que hemos pensado en estas cosas, pues leo en una revista ilustrada de hace unas semanas que los agricultores de Villarrobledo han decidido no variar el uso tradicional de sus tierras, actualmente sin tratamientos herbicidas, con el fin de proteger varias especies endémicas que crecen en sus dominios. Y no, no es una quijotada, ni un idealismo hueco de consecuencias. Gracias a esos manchegos ejemplares, a ese pueblo, para el que propongo desde aquí la concesión del Premio Nobel de la Paz —puesto que el respeto simultáneo a la naturaleza y al espíritu es prenda indudable de paz—, aunque, bien miradas las cosas, podría proponer el de Literatura por lo que de poesía en acción tiene su gesto, gracias a ese pueblo, decía, sabemos y celebramos que la semilla de la verdad y de la belleza sigue prendiendo, como una de las plantas del Paraíso, en nuestras gentes y en nuestros pueblos.

Sobre una casta infortunada

SONSOLES SAN ROMAN GAGO

La posición social del artista ha sido objeto de una evolución desigual y compleja a lo largo de la historia de la humanidad. Resultan frecuentes los enfoques teóricos que contemplan este proceso de modo optimista, considerándose casi siempre tal evolución como progresiva de cara al reconocimiento social de la figura y la labor del hombre que crea. Dicho optimismo tiene como base la convicción de que el proceso autonómico de la obra de arte ha tenido en toda época una contrapartida favorable para la situación del artista dentro de la comunidad humana. Suele pensarse, en efecto, que a medida que el desarrollo de las concepciones estéticas y la propia dinámica artística y técnica fueron conquistando nuevas parcelas de libertad para el arte (en cuanto a temas, tratamientos, cánones, estilos...), se fue dando también una progresiva emancipación de la persona del artista como hombre libre, protagonista de una tarea digna, honrada e incluso encomiable, merecedor por ello de un justo reconocimiento social. Razones hay que justifican esta concepción; también hay otras que la revelan ingenua, o al menos no del todo fiable. Sólo es posible entender su vigencia a la luz de una de las quimeras, en vías ya de trasnochamiento, que más adeptos tuvo entre los eruditos del siglo XIX: el mito del Progreso.

Si tratamos de abordar la cuestión dejando de lado tal prejuicio, nos encontraremos casi siempre ante un panorama desolador e inextricable. Con sólo atender al espectáculo que nos ofrece la posición actual del artista en nuestra sociedad empieza ya a resultar difícil seguir creyendo en su presunta y proclamada emancipación, aunque en algunos casos parece innegable y efectivamente lograda. Pero dicha situación no puede por menos de antojársenos penosa si la comparamos, por ejemplo, con la que disfrutaba el artista del Renacimiento. Artista coronado, en expresión de Trías, modelo de hombre como ser supremo de toda la creación, dueño y señor de un hacer —*poíesis*— no definido, capaz de todas las cosas. Y aún nos parecerá ínfima si nos remontamos a aquella posición egregia, solemne y poderosa con que en los tiempos prehistóricos estaba sostenida la figura del artista-mago. "Si la representación de animales ha tendido positivamente —como nosotros admitimos— a una finalidad mágica, apenas puede dudarse de que a las personas capaces de realizar tales obras se les considerase al mismo tiempo dotadas de un poder mágico y se les reverenciara como hechiceros".

Pero tales comparaciones, además de odiosas, resultan en el fondo gratuitas e inútiles. Pues ¿qué conclusiones podríamos sacar de ellas si incluso en una misma época y en el seno de la misma sociedad —la ateniense de Pericles— tenían vigencia estimaciones abismalmente diversas hacia la figura del artista, ya fuera éste un ilustre rapsoda —palaciego y respetado— o bien un vil pintor o escultor, artesano manual y por tanto despreciable? . Mientras que el primero "era considerado como 'vate', como profeta sacerdotal inspirado por Dios"..., el segundo no merecía sino desdén por su oficio servil (imitador de imágenes, productor de copias), hasta el punto de que Platón llega a expulsarlo de su *polis* ideal.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Mujer Barbuda, La. 13/4/1985.